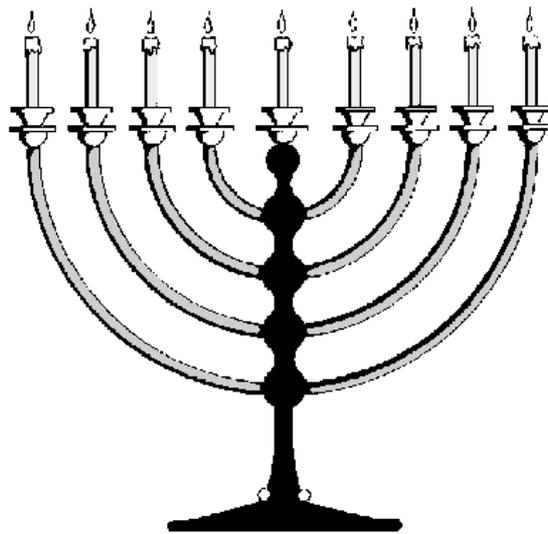


# LOS JUDÍOS Y EL HELENISMO



Enrique Hernández Prieto

Licenciado en Historia por la Universidad de Salamanca

## LOS JUDÍOS Y EL HELENISMO

### Alejandro Magno y los Judíos

Los contactos entre el mundo griego y el judío se remontan a relaciones comerciales entre los pueblos egeos y las costas de Fenicia y Siria, ya en la Edad Oscura y, sobre todo, a partir del siglo VII a. C., como se constata a través de la presencia de monedas griegas e imitaciones de éstas en esos territorios. No obstante, no fue hasta la expedición de Alejandro Magno cuando se difundió la existencia del pueblo judío, así como su cultura, religiosidad y costumbres.

Jerusalén, de la misma manera en que hicieron otras ciudades del corredor sirio-palestino, se sometió sin lucha, probablemente, temerosa de correr la misma suerte que la insumisa Tiro, ante el conquistador macedonio en su avance hacia Egipto. Tampoco parece que Jerusalén se hallara en condiciones de resistir: contaba con poco más que una especie de milicia que defendía sus puertas y, tal vez, con una reducida caballería equipada a la manera persa capaz de hacer frente a los bandoleros de las colinas de Judea. Por su parte, el Templo disponía de una guardia ceremonial de unos cuantos centenares de hombres pertrechados con lanzas y corazas de plata.

La cuestión de si Alejandro entró o no en la ciudad es discutida. Capturada Gaza, Alejandro se dirigió apresuradamente hacia Pelusio, tardando siete días en llegar, lo que hace que parezca imposible que se desviara de su ruta hacia Jerusalén. Además, La mayoría de las fuentes escritas, con excepción de Josefo, inducen a considerar la visita como mera leyenda. Éste autor describe la forma en que, por beneplácito de Yahvé, el sumo sacerdote Iadus se presenta con sus asesores e insignias sagradas ante Alejandro para ofrecerle la sumisión de la ciudad. En un acto, impregnado de misticismo sagrado, el conquistador se arrodilla ante el dios judío. Este relato, que ensalza el valor de Israel, muestra, además como habría de ser el modelo de rey helenístico para los judíos, respetuoso con sus ancestrales creencias y dispensador de privilegios. Pese a las objeciones señaladas, tampoco habría de extrañar un comportamiento como el descrito ante el peculiar carácter de Alejandro, quién visitó templos, santuarios y oráculos en muchos de los territorios por los que pasó, como sucedió en Delfos, en Tiro y, más tarde, en Siwah. No sería descabellado, por tanto, que hubiera realizado una rápida incursión a Jerusalén, de cuyo Templo habría tenido abundantes noticias durante su estancia por tierras de Palestina y Siria.

De la misma forma en que, en ocasiones, harían los diadocos, Alejandro admitió a mercenarios judíos en su ejército, pese a su observancia del *sabbat*. También parece que cuando se fundó Alejandría en el 332, algunos judíos se instalaron junto a los grecomacedonios, como parece justificar la existencia en dicha ciudad de un barrio reservado de manera exclusiva para los judíos. Por otra parte, la región de Samaria fue repoblada con grecomacedonios, bien por decisión del propio Alejandro, bien por la de Pérdicas.

### Bajo la dominación ptolemaica

La posesión del corredor sirio-palestino fue objeto de dura lucha entre los diadocos. Ya en el año de la muerte de Alejandro, Ptolomeo I había expulsado al sátrapa sirio Laomedonte y se había apoderado de Palestina y Fenicia. Según el relato de Josefo, el propio monarca se habría presentado en Jerusalén el año 320 un sábado, con el pretexto de realizar una ofrenda al templo. Aprovechando la oportunidad que le brindaba la negación de la población a combatir el *sabbat*, se habría apoderado de la ciudad prendiendo a numerosos judíos y deportándolos a sus territorios, especialmente, a Alejandría. Estos cautivos procedentes de las campañas en Siria explicarían los inicios de la numerosa colonia judía de esta ciudad.

La concentración de poder en manos de Antígono y de su hijo Demetrio Poliorcetes llevó a una alianza entre los restantes diadocos. En el año 312 Demetrio fue derrotado en Gaza, pero Ptolomeo vió frenado su avance por Siria frente Antígono. Finalmente, el conflicto se dirimió en la batalla de Ipsos en Frigia (301 a.C.), dónde Antígono fue derrotado y muerto. De esta manera, la Siria meridional, es decir, todo el espacio al sur del Líbano, siguió bajo la soberanía de los ptolomeos. Pero la pacificación no fue definitiva y ptolomeos y seléucidas lucharon encarnizadamente por la franja del corredor sirio-palestino. Sólo en el 252 a.C. se llegó a un tratado de paz entre las dos partes combatientes, en virtud del cual Antíoco II tomaba por esposa a Berenice, hija de Ptolomeo II y de la reina Arsinoe. No obstante, esta paz pronto se vio abortada y

las hostilidades resurgieron. Se puede afirmar que, en conclusión, la presencia ptolemaica en Palestina se mantuvo, con algunas interrupciones, hasta el año 200 a.C.

Los monarcas ptolemaicos impusieron en Palestina una organización fiscal basada en el censo de los recursos del territorio. Ptolomeo II Filadelfo organizó, en el año 261-260, la declaración e impuesto sobre el ganado y los esclavos, prohibiendo la adquisición de indígenas libres en Siria y Fenicia. Precisamente, las ciudades costeras de este territorio alcanzaron un notable grado de prosperidad, dentro del contexto económico del imperio helenístico y se helenizaron. Como exponente de ello encontramos la figura de Filocles, rey de Sidón, quién se convirtió en uno de los más brillantes agentes de Ptolomeo II, honrados por la Liga de los Nesiotas y Delos hacia el 280 a.C. En Judea debieron producirse confiscaciones de tierras, ya que se constata que Apolonio recibió un dominio en Betanath y la existencia de clerucos, algunos de los cuales judíos, en la zona de Transjordania.

Hasta el ascenso al poder de Antíoco IV, que intervendría de forma inaudita en los asuntos interiores de los judíos, la zona conoció cierta prosperidad. Ptolomeos y sirios impulsaron en los países del sur del Líbano el auge económico, favorecido por el tráfico internacional del periodo helenístico y la apertura de vías comerciales. Los cereales sirios llegaban embarcados a Egipto y el apreciado aceite se transportaba desde puertos fenicios y palestinos a Alejandría y, desde allí, al interior de Egipto. Un importante producto de exportación era también el asfalto como aglutinante y agente de conservación, que abundaba sobre todo en la zona del Mar Muerto. Se importaba, a cambio, a las poblaciones griegas del área sirio-palestina y Fenicia, vino del Egeo, como demuestran hallazgos de asas de ánforas en zonas como Bet-Sur y Samaria. Además, una importante ruta comercial discurría desde Arabia meridional hacia Gaza, desde donde se podían transportar las mercancías, por tierra o mar, hasta Egipto.

La hostilidad al régimen ptolemaico se habría manifestado en algunos sectores, como aparece en el *Ecesiaístés*, sobre todo a raíz de la política de Ptolomeo IV de popularizar algunos cultos griegos, especialmente el de Dionisos, divinidad con la cual la estirpe ptolemaica gustaba vincularse. Puede que el monarca ptolemaico se engañara por la supuesta identidad de *Sabazios* y *Sabaoth* y creyera que los judíos simplemente adoraban a Dionisos bajo otro nombre y formas. Como Dionisos fue también identificado con Serapis por el elemento de Osiris de este último, posiblemente considerara la posibilidad de establecer una religiosidad en su heterogéneo Imperio en torno a esta divinidad en concreto.

### **Las transformaciones internas en el pueblo judío**

Cómo vamos a mostrar, en Israel se estaban desarrollando los factores que iban a dar lugar a graves disensiones internas. Los contactos entre el mundo griego y el mundo semítico no eran nuevos, y podemos remontarlos al periodo de las colonizaciones. Sin embargo, tras la invasión de Alejandro Magno del mundo asiático, se intensificó esa influencia. El resultado de esto fue cierto aislacionismo y sectarismo por parte de los sectores judíos más intransigentes, buena parte de estos abandonaron las ciudades y formaron comunidades en el desierto, algunas de las cuales esperaban recuperar su influencia en los contextos urbanos mediante la palabra, otros como la comunidad de Qumrán, se organizaron para la guerra en forma de guerrillas. En el otro extremo se encontraban otros judíos, muchos de ellos piadosos, que defendían, desde posturas de tolerancia mutua, a otras de total disposición, a abrirse al helenismo. Muchos de estos judíos aprendían griego para atender de mejor manera a sus negocios. Posteriormente traducirían sus Escrituras a esta lengua, en la conocida versión de los Setenta, que acabó convirtiéndose en el principal instrumento para obtener conversos o judaizantes. Esta tendencia a la helenización se manifestaba en Palestina en la helenización de nombres judío-hebreo-araméicos que reflejan las inscripciones y pintadas. Muchos de los judíos más educados consideraban profundamente atractiva la cultura griega. La estabilidad política y económica propiciada por los ptolemeros también dio origen al prestigio de la heredabilidad del sumo sacerdocio. Durante este periodo y en la inicial dominación seléucida, las clases superiores, los ricos y los altos sacerdotes eran quienes se sentían más tentados de imitar a sus nuevos gobernantes.

La adquisición de esa cultura griega se convirtió, además, en un instrumento para promocionar dentro de las jerarquías políticas impuestas por seléucidas y ptolemaicos. Así, Josefo cita en sus *Antigüedades Judías* como José, de la familia aristocrática de los Tobías, denunció, en la subasta de la concesión de impuestos celebrada por los Ptolomeos en Alejandría, a varios de los pujantes por formar sociedad común para rebajar

el precio, haciéndose con el contrato durante 22 años y enriqueciéndose de gran manera. De esta manera, no solo tuvo competencias como arrendador de impuestos en Judea, sino también para Samaria y las ciudades de población mayoritaria griega. Su influencia en la situación interna de Cisjordania y Transjordania y su capacidad en las cuestiones financieras hicieron de él una figura clave en la vida económica de Judea y más allá de sus fronteras. Dado que sólo una parte de la población obtenía ventajas de su rigurosa política fiscal, se produjeron duros enfrentamientos y hostilidades, especialmente con la población no judía del país. Por otra parte, sabemos, a través de los Papiros de Zenón, que un antecesor de José, Tobías, que fue capitán de una colonia militar compuesta de elementos internacionales en Ammón y que procedía de la región de Amman (Transjordania), envió a Ptolomeo Filadelfo caballos y mulas de raza muy poco conocida, mientras que regaló a Apolonio, *dioiketes* del monarca lágida, cuatro esclavos, de los cuales dos habían sido circuncidados. Esto, nos revela la existencia de un activo comercio de esclavos en las colinas donde estaban confinados los judíos agricultores y que enriquecía tanto a los alejandrinos como a los proveedores indígenas.

Por tanto, muchos judíos no se enfrentaban al dominio griego, de la misma manera que no se opusieron a los persas, de acuerdo, en parte, con los principios de Jeremías de que la religión y la piedad florecían mejor cuando eran los paganos quienes atendían la labor corruptora del gobierno. No se oponían obstáculos de peso en el pago de impuestos al conquistador, siempre que se les dejara practicar en paz su religión. Más tarde esta política sería la preconizada por los fariseos. Sin embargo, parece que los judíos asimilaban en este periodo más ideas helénicas de las que estaban dispuestos a reconocer. Así, el racionalismo griego reforzaba de manera casi inconsciente cierto factor racionalizador de la teología presente en la religión judía, dando como exponentes obras como la Ley Oral de los fariseos, esencialmente racionalista frente a la arcaica Ley tradicional, y siendo acusados por los saduceos de respetar más al “libro de Homero” que a las “sagradas escrituras”. Los propios libros de *Macabeos* muestran cierta influencia de la literatura griega de la época, especialmente en los discursos en boca de los protagonistas y fragmentos elegíacos.

Como antes he señalado, en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo se producirá la traducción al griego de las Sagradas Escrituras, en lo que se conoce como la Biblia de los Setenta. Esta labor fue, muy probablemente, realizada en Alejandría, puede que fruto del interés del monarca por incluir estos textos en su biblioteca. La rápida acogida y difusión que la nueva versión conoció, indican la manera en que las Escrituras y el culto fueron en la época ptolemaica el verdadero lazo de unión para el judaísmo, tanto en los territorios de Israel como en la diáspora, pudiendo, incluso, ejercer una influencia en su entorno, atrayendo nuevos prosélitos. Este proceso tiene su importancia para los fenómenos que se producirán posteriormente. En una época de progresiva helenización y cambio en casi todos los órdenes de la vida espiritual y cotidiana, el ideal de la vida, el espíritu y, especialmente, la religión mosaica se afirmaron en un talante universal. Pese a las múltiples transformaciones producidas en la diáspora, lejos del centro religioso del Templo en Jerusalén, las ideas religiosas de los judíos pudieron concurrir con las de otros pueblos y religiones sin dejarse asimilar por ellos en su núcleo esencial, y esto se debió en buena parte al uso de la lengua griega como agente transmisor de la Ley y de sus textos sagrados.

### **La dominación seléucida**

A la muerte de Ptolomeo IV, en la Quinta Guerra Siria, Antíoco III le arrebató esta región, así como Fenicia y Judea, a Ptolomeo V Epífanes. Los territorios conquistados fueron adscritos a la satrapía de Celesiria. Los judíos no opusieron resistencia alguna, habiendo carecido de ejército desde hacía más de 50 años. Hacia el 175 a.C. había desaparecido prácticamente la milicia que antes patrullaba las murallas de Jerusalén, durante el tiempo vivido bajo la protección de los ptolomeos. El único cuerpo militar organizado eran los levitas que formaban parte de la guardia ceremonial del Templo. La carga de la, por aquel entonces, gravosa tributación egipcia debía haber atraído descontentos sobre todo entre la población más enriquecida.

Las primera decisión del monarca seléucida, fue fijar los derechos y obligaciones de las ciudades que le correspondieron a la manera de Alejandro. De igual manera, siguiendo la política convencional de Próximo Oriente, Antíoco III proclamó la tolerancia a la cultura local en la Carta de Zeuxis, dirigida al gobernador de Celesiria, Ptolomeo y que es citada por Josefo (ver fuente literaria 1). Además, contribuyó al mantenimiento

del culto en el Templo con generosas donaciones, poniendo de manifiesto que asumía la relación normal del rey con los dioses.

La dominación seléucida aplicó en la zona sirio-palestina medidas militares y técnicas administrativas que ya habían comenzado a perfilarse durante la presencia ptolemaica, pero que se desarrollarán ahora de manera total. Además de soldados indígenas, se recurrieron a unidades mercenarias que a veces vivían formando colonias militares. En los momentos de paz trabajaban en haciendas que el gobierno central les adjudicaba o que estaban bajo su vigilancia y administración directa.

Antíoco IV Teo Epífanés, cuyo apelativo significaría “el dios manifiesto”, ascendió al trono el año 175 a.C. Las fuentes, como Polibio, lo presentan como un ser estrambótico, apodado Epímanes (el loco), aficionado a los escándalos y bromas de dudosa moral, contraviniendo la virtud real, y por tanto, constituyéndose como un gobernante pernicioso al que se le achacaba buena parte de la responsabilidad de la decadencia del Imperio Seléucida. Lo cierto es que, ya antes de la muerte de Antíoco III el Grande (187 a.C.), el área del Mediterráneo Oriental, influida por las corrientes helenísticas, entró en momentos de crisis e inseguridad, sobre todo tras la paz de Roma con los cartagineses del 201 a.C. tras la Segunda Guerra Púnica, que dejaba a Roma convertida en la indudable primera potencia militar y dueña del Mediterráneo Occidental. El intento de Antíoco III de afirmar y ampliar sus posiciones en Asia Menor se complicó más de lo que probablemente el gobernante seléucida esperaba. Esa área también se encontraba en las zonas de interés de Filipo V de Macedonia. Roma ya había por aquel entonces comenzado a extender su influencia hacia el este, primero sobre Macedonia y posteriormente por Asia Menor y Siria. La derrota sufrida por Antíoco III en Magnesia ante los romanos y la posterior firma de la Paz de Apamea (188) supusieron un duro golpe, sobre todo por la pérdida de Asia Menor, para los Seléucidas, perdiendo las posesiones al oeste del Taurus y suponiendo el pago de 15.000 talentos como indemnización de guerra. Además, aprovechando la momentánea situación de crisis, las importantes provincias septentrionales de Bactria y Partia se rebelaron, dejando de ser tributarias de los seléucidas. La recaudación de dinero constituyó, a partir de estos momentos, una de las primeras exigencias de la administración siria y determinó las acciones militares de los seléucidas, necesitados de esos fondos económicos para financiar los ejércitos mercenarios que desde tiempo de Alejandro se habían venido empleando. Parece que el mismo Antíoco III, que se hallaba inmerso en el momento de su muerte en una campaña en Elam, tenía el objetivo de saquear el templo de esta población y requisar sus tesoros. Seléuco IV Filópator, sucesor del anterior, tuvo que afrontar las deudas de su padre. Su rigurosa política fiscal afectó también a otros territorios como Celesiria y Judea. En parte, esta opresiva política fiscal fue el detonante de la muerte de Seleuco IV, en un asesinato promovido por su recaudador de impuestos y ministro de finanzas, Heliodoro. Se produjo entonces la sucesión al trono del Imperio Seléucida de su hermano Antíoco IV. En la complicada trama diplomática y estratégica del mundo helenístico, el rey de Pérgamo, Eumenes II, apoyó a Antíoco en su pretensión al trono frente al hijo del rey Demetrio, quién también se hallaba como rehén en Roma. En sus primeros años, Antíoco canceló las compensaciones a Roma, mostrando una postura de distanciamiento e insubordinación hacia la nueva potencia. También desarrolló una importante actividad diplomática y de donaciones y dádivas con las ciudades griegas, y, sobre todo, con en el santuario de Zeus Olímpico en Atenas. Además, se apreció un notable impulso desde el poder en el desarrollo de estructuras culturales y religiosas de tipo helenístico dentro del heterogéneo conjunto de territorios que componían el Imperio Seléucida.

La situación interna de Jerusalén era, también, compleja. Dos familias sacerdotales, las de los Oníades y la de los Tobíades, rivalizaban entre sí. Los primeros constituyen el denominado sacerdocio sadoqueo, y reclamaban para sí la sucesión directa de la dignidad del sumo sacerdocio. Por su parte, los Tobíades sólo alcanzaron cargos administrativos en la organización del Templo. A esta familia pertenecían Tobías y José, antes señalados. En este contexto se enmarca el relato bíblico en el cuál el Tobíade Simón, enemistado con el sumo sacerdote Onías, informó a Heliodoro de la existencia de inmensos tesoros en el Templo. Éste se presentó en Jerusalén, penetrando en la tesorería del Santuario y desencadenando una conmoción popular. Una repentina visión hizo a renunciar al ministro de sus pretensiones y regresó junto al rey. Pese al carácter tendencioso del relato, muestra perfectamente la perfidia existente entre las desavenidas familias sacerdotales, dispuestas a recurrir a intervenciones exteriores en su empeño por ostentar el poder. Las autoridades seléucidas, por su parte, buscaban con avidez todo lo que prometiera alguna ganancia.

### **El movimiento judío helenófilo**

De manera paralela a estos procesos históricos, se produjo en Jerusalén el ascenso de un “partido” de reformistas judíos que deseaban acelerar el ritmo de la helenización. Parece que sus motivaciones eran esencialmente seculares y económicas y que tenía su núcleo de apoyo en la clase dirigente de Judea, más helenizada y deseosa de modernizar el estado anclado a la vieja estructura del Templo. Algunos autores conciben que habría sectores de intelectuales que podrían desear una transformación más elevada, impulsada por el concepto universalista implícito en la religión monoteísta y el universalismo étnico-cultural que se estaba promocionando en el Mediterráneo Oriental desde Alejandro. El movimiento reformista chocaba contra la Ley, al someterla a cierta crítica, con el fin principal de depurarla de elementos que prohibían la participación en la cultura griega, tales como la desnudez que les cerraba el acceso al gimnasio. Sin embargo, se topaba con una barrera insalvable, la religión griega era politeísta, frente al monoteísmo radical propugnado por la Ley. En este caso, el fenómeno del sincretismo que había propiciado adaptaciones a la religión helénica, como en el caso de Egipto, fue incapaz de otorgar una solución viable.

Sabemos poco del movimiento reformista judío que deseaba acelerar el ritmo de la helenización, lo que conocemos de su historia fue escrita por sus enemigos fundamentalistas triunfantes. *Macabeos I y II* son las principales fuentes para este periodo del 174 a.C. al 134 a.C., siendo aceptadas, percibidas desde un punto de vista crítico, por casi todos los especialistas. Hay que tener en cuenta que el fin de los libros no era tanto el proporcionar un relato histórico de las guerras del pueblo judío contra sus opresores, como más bien poner de relieve las terribles pruebas a las que “el pueblo elegido” se vio sometido por querer, bien imitar a los paganos o bien por los martirios que estos impusieron a quienes se resistieron y se mantuvieron fieles a su Ley. También se pretendería el destacar la voluntad divina y el auxilio que Dios, por su fe en él y su fidelidad a la Ley, prestó a los rebeldes macabeos, salvándoles, de lo que en el texto se nos plantea, como una guerra de exterminio que podría haber supuesto el final de la existencia de los judíos como pueblo. El Libro de Daniel, que asumió su forma definitiva hacia el 165, contiene una serie de profecías que se retrotraen a los acontecimientos sucedidos en estos momentos. Entre las fuentes literarias cuyos informes son relevantes para este mismo periodo cabe mencionar, especialmente, a Josefo y Polibio. Ambos adoptan partido por el bando romano en contraposición a los Seléucidas, y el segundo pone de manifiesto su fuerte prejuicio antimonárquico en la visión desmedidamente crítica que expone de Antíoco IV. Algunos otros documentos literarios, epigráficos y datos arqueológicos, estos últimos muy escasos y dispersos, ponen de manifiesto la existencia de esas tensiones entre el mundo helenístico y esa vertiente rigorista de los judíos, marcando esa línea de separación y conflicto que aparece en *Macabeos* y dando contexto real histórico a buena parte de sus contenidos. Sin embargo, no esta de más destacar que las fuentes no cubren todos los acontecimientos, ni el espacio físico ni en el cronológico, del área siria-palestina en este periodo, y que casi todos los detalles de la cronología y las causas de los hechos son aún materia de controversia.

En el 175 a.C., este movimiento reformista creyó encontrar un aliado en la persona de Antíoco IV Epífanes. Ya su predecesor, Seleuco IV Filopátor, intentó abolir la autonomía económica del Templo de Jerusalén, ratificada tiempo atrás por Antíoco III. Antíoco IV recurrió a otorgar el cargo de sumo sacerdote al mejor postor, sucediéndose estos en un ritmo acelerado. Se produjo la presentación de ese sector aristocrático reformista que estaba dirigido por Josué, más conocido por su nombre griego de Jasón, al monarca seléucida. Su hermano Onías III fue depuesto a su favor por Antíoco IV, bajo el pago de una fuerte suma económica y la promesa de promocionar la cultura helena y sus instituciones en Judea con el apoyo real. Esta labor se hace patente en *Macabeos I* (ver fuente literaria 2) donde se recoge la construcción de un gimnasio al pie del monte del Templo. El gimnasio era el lugar dónde se hacían los ejercicios con el cuerpo desnudo, según la usanza griega y constituía precisamente el símbolo y la base del modo de vida helenístico, siendo especialmente estimado por los jóvenes. Todas las competiciones, culturales y deportivas, se sometían al buen juicio y protección de los dioses, y se practicaban en su honor, especialmente a divinidades como Hermes y Heracles, o bien recababan para sí la legitimación divina del soberano reinante. El intento, constatado en dicho texto, de borrar las señales de la circuncisión, elemento mutilatorio ritual propio de la Ley judía, refleja ese intento de fusionarse con los gentiles, hasta el punto en que en la desnudez del baño o del gimnasio, no se conociera la ascendencia étnico-cultural de unos y otros. En ese este último aspecto, se

manifiesta esa “*causa común*” condenada por *Macabeos I*, entre helénicos y judíos, para llegar a una solución sincretista enfocada a una cierta unidad social. Parece que también Jerusalén pudo ser rebautizada con el nombre de Antioquia, en relación al soberano seléucida. Posteriormente, Jasón fue depuesto y sustituido por Menelao, su agente ante Antíoco en asuntos financieros y, por tanto, más próximo al monarca. Parece, además, que le hizo una oferta económica más elevada.

Un paralelo casi contemporáneo, de este fenómeno de progresivo desarrollo de instituciones helenísticas, lo encontramos en una inscripción hallada en Frigia, y que corresponde hacia los años posteriores al 188 a.C. Eumenes II de Pérgamo otorga a una pequeña comunidad la categoría de *polis* y le permite construir un gimnasio. Por tanto, no sería extraño que una población deseara construir *gymnasia* y, en general, alterar sus instituciones para tratar de asegurarse el apoyo real, incluida la ayuda financiera.

A partir del año 170 a.C., Antíoco entró en graves conflictos con el Egipto Ptolemaico. El intento de Ptolomeo VI Filométor de recuperar Celesiria provocó la Sexta Guerra Siria, donde Antíoco IV lanzó un espectacular contraataque, obteniendo una victoria decisiva en Pelusion, apoderándose de Chipre y de las ciudades más importantes de Egipto y forzando a Ptolomeo VI a hacerse fuerte en Alejandría, la única ciudad que permanecía en sus manos. Aún en la actualidad, se discute si Antíoco IV llegó a ser coronado como faraón en aquellos momentos.

El sumo sacerdote era quién controlaba los fondos públicos, pues a él se le pagaban los impuestos y de él pasaban a los recaudadores. En *Macabeos II* se denuncia el abandono de “*los servicios del altar*” y el “*descuido de los sacrificios*” al desviarse parte de los ingresos en festivales y competiciones de índole griega. Además, Antíoco presionaba a sus partidarios helenizantes para maximizar sus ingresos y hacer frente de manera más desahogada a los gastos de la guerra. De esta manera se sumó otro descontento, esta vez por los crecientes impuestos. Parece que ya en otoño del 169 a.C., Antíoco, al regreso de su primera campaña egipcia, se había presentado en Jerusalén para penetrar en el Templo y despojarlo de sus tesoros, como ya hiciera con santuarios de otros lugares (ver fuente literaria 3).

En el 168 a.C. se produjo la batalla de Pidna que supuso el triunfo de Roma en la Tercera Guerra Macedónica. Los romanos observaron con recelo la entrada de Antíoco IV en Egipto y para mantener un equilibrio de fuerzas favorable en el Mediterráneo Oriental, enviaron a Gayo Popilio Lenas para que obligara al monarca a abandonar el país, interviniendo más allá de lo que se habían comprometido en la Paz de Apamea. Se produjo la humillante escena en la que el comandante romano trazó un círculo con un sarmiento alrededor de Antíoco y le forzó, ante la presencia amenazante de sus legiones, a dar una respuesta favorable a las reivindicaciones del senado antes de salir de él. No tardó el dirigente seléucida en alegar que Ptolomeo había sido el agresor y no lo contrario y que su imperio era aún poderoso y rico. Probablemente sintió un comprensible miedo ante el ejército romano, que antes había derrotado a Antíoco III y acababa de obtener la victoria sobre Macedonia.

La noticia de la retirada de las tropas de Antíoco de Egipto, fue acompañada por el falso rumor de la muerte del soberano seléucida, produciéndose revueltas en distintos lugares de su imperio, entre los que se encontraba Jerusalén. Jasón, el antiguo sumo sacerdote, aprovechó para dar un golpe de fuerza y forzó a Menelao a refugiarse en el *akra*. En ese momento, Antíoco, al enterarse de la sublevación penetró con su ejército en Jerusalén y tuvo lugar el saqueo de las riquezas acumuladas en el Templo y una considerable matanza. Derrotada la facción de Jasón, que huyó primero a Transjordania y más tarde a Egipto. Menelao fue repuesto en su cargo sacerdotal.

A ello siguió el envío de Apolonio, dirigente del fisco (misarca), para helenizar la ciudad y adoptar las medidas necesarias para su seguridad militar (ver fuente literaria 4). Entre estas, se amplió la guarnición seléucida permanente, erigiéndose una fortificación, probablemente de nueva planta, en el *akra* de la ciudad. Con la edificación de esta fortaleza, que suponía una ocupación de Jerusalén a largo plazo, quedaron prácticamente abolidos todos los privilegios que Antíoco III había otorgado a la ciudad. Parece que también quedaron dentro de ese recinto de seguridad la mayor parte de esos judíos helenizados. Jerusalén se transforma en un lazo o en una doble ciudad, donde dentro de un espacio urbano se inserta otro, con unos componentes socioculturales contrapuestos. *Macabeos I* recoge el modo en que se produjo esa fortísima represión contra los sectores “rebeldes” de la población, derribándose las murallas para impedir resistencia a la entrada de nuevos contingentes, esclavizando a parte de los habitantes y apropiándose de sus bienes. De

cualquier modo, queda patente que se produce una separación, esta vez física, entre las dos culturas, que pasan a adoptar claras formas de oposición, y que todo proyecto de un sincretismo pacífico se hallaba completamente abocado al fracaso.

### **El estallido de la revuelta de los Macabeos**

En el 167 a.C., el conflicto llegó a su punto álgido con la publicación de un decreto que suponía la abolición de la Ley mosaica y que relegaba al Templo a la categoría de lugar ecuménico de culto. La publicación de esta orden de Antíoco IV (Ver fuente literaria 5) parecía pretender una total homogenización, al modo helénico, de todos los pueblos de su Imperio. La razones que pudieron llevar al monarca a emprender esta política no las conocemos de manera definitiva, pero hemos de suponer que serían eminentemente políticas, yendo más allá del aspecto puramente religioso de difundir el politeísmo. Puede que esas motivaciones políticas se hallasen en relación con la revuelta y los disturbios que tuvieron lugar en la ciudad durante su estancia en la campaña de Egipto. Algunos autores señalan la posibilidad de que esta iniciativa tan radical proviniera de los reformadores judíos extremos del ámbito de Menelao, que consideraran esta drástica medida como la única posibilidad de acabar para siempre con el oscurantismo y la actitud cerril de los seguidores puritanos de la Ley. Independientemente de quién la promoviera, parece que se trataba de producir una especie de “revolución cultural” que pasaba por la prohibición, bajo pena de muerte, de la circuncisión y las distintas manifestaciones culturales. Pero lo que resultó más grave fue la erección de un altar pagano en el Templo. La divinidad a la que esta ara estaría dedicada se discute: el dios sirio Baal-Shamen, Zeus Olímpico, con el cuál Antíoco se hallaba relacionado por sus ofrendas a su santuario en Atenas, antes referidas o, tal vez, una estatua representando al propio monarca con Atenea. *Macabeos I* solo señala, de manera oscura y siniestra, la dedicación de un altar a la “abominación de la desolación”. De igual manera, se realizaron sacrificios a divinidades foráneas con víctimas prohibidas por la Ley mosaica como es el cerdo. *Macabeos IV* describe a través de martirios, como los del anciano Eleazar y de los siete hermanos, la persecución a la que aquellos que se mantuvieron fieles a la Ley fueron sometidos, y en muchos casos ejecutados. Los usos religiosos mosaicos eran castigados como delitos políticos y de rebelión contra la soberanía selúcida. Esta práctica abolición de la *thora*, que desde la dependencia política de Judea tras el exilio ningún poder extranjero había osado tocar, provocaba en Jerusalén un conflicto cuyo alcance no es fácil comprender. El dilema era desobedecer al rey exponiéndose a la persecución o renegar de la religión de los antepasados, traicionando la causa más sagrada y propia. El conflicto, era pues, inminente.

Pese a que *Macabeos II* refiera cómo muchos judíos se acomodaron al nuevo culto y se incorporaron a la nueva religiosidad, hay que decir que los helenófilos sobreestimaron el apoyo con el que contaban. Sus actividades en el Templo provocaron un escándalo, dividiendo a los sacerdotes, en tanto los escribas se adhirieron a sus antagonistas ortodoxos. La misma actitud adoptó la mayoría de los judíos piadosos o *hasidim*. Había una amplia categoría de judíos que podían haber apoyado a los reformadores: la gente común y pobre del país y los *am ha-arez*. Estos grupos poblacionales habían sido los principales perjudicados tras el retorno de la élite judaica llegada del Exilio. Durante el rigorismo de Edreas en la fase de dominación persa, habían sido considerados como hijos de matrimonios impropios, y por lo tanto menos judíos, frente a los *bnei hagolah*, virtuosos que habían sufrido el Exilio. Como la mayoría eran analfabetos y desconocían la Ley al no poder interpretarla, habían recibido un peor trato, sufriendo severos castigos cuando protestaban por su mala situación socioeconómica. En teoría, se habrían beneficiado con la caída del rigorismo y el apoyo de los reformadores, pero estos últimos no dejaban de ser un sector urbano acomodado y el pueblo llano los asociaba a los crecientes impuestos reclamados por Antíoco IV. El débil argumento de los reformistas de que los sacrificios simbólicos efectuados en los altares paganos mostraban la inuicuidad del Dios único, a quién no podía encerrarse en determinado lugar, erigido por los mortales, fue comúnmente rechazado. El nuevo universalismo recordaba demasiado al antiguo culto a Baal, tantas veces condenado en las Escrituras.

Por tanto, la reforma impuesta desde arriba por Menelao y Antíoco IV fracasó de manera estrepitosa. Muchos de los helenistas moderados acabaron exasperados por la tensa situación y pronto se fraguó una rebelión que echaría a ese partido reformista del poder. Los rigoristas apelaron al instinto bíblico,

profundamente arraigado, e inducieron a derrocar al régimen vigente, transformando una disputa religiosa en una rebelión contra el poder de ocupación. La sublevación se inició, como suele suceder en estas ocasiones, no con el ataque a una guarnición, sino con el asesinato de un partidario local del régimen. En la ciudad de Modín, cerca de las montañas de Judea, entre Beth Horon y Lida, un funcionario reformista sirio que estaba supervisando las nuevas ceremonias oficiales, fue asesinado por Matatías Asmón, jefe de una antigua familia sacerdotal del templo de Yehoyarib. El anciano ejecutó también a un judío que se presentó a ofrecer sacrificios y animó a la resistencia activa a los defensores de la Ley mosaica. Es importante recordar que fue el medio rural, en el que la sublevación rigorista tuvo mayor éxito en los momentos iniciales, donde más afectó la carga fiscal impuesta desde Jerusalén para el pago de tributos a los seléucidas. Ello lleva a que algunos autores se refieran a esta primera fase del conflicto como “la Guerra Agraria”.

Dicha familia sacerdotal, que dirigida por Matatías inició la rebelión contra la política religiosa tiránica de Antíoco IV Epífanes y que tras la independencia judía gobernó la nación hasta ser derrocada por Herodes el Grande, había tenido por antiguo patronímico el de los Asmoneos, por el bisabuelo de Matatías, Hashmon (Asamonaios en griego). El nombre *Macabeo* era originariamente el apelativo de Judas, el tercer hijo de Matatías, con el significado de “martilleador” y que se le habría otorgado por sus victorias y su valor en la lucha contra los enemigos de Israel. Con el tiempo este nombre se extendió a todos los descendientes de Matatías e incluso a sus partidarios y aquellos que formaron parte de la rebelión, así como a los mártires mencionados en los libros del Antiguo Testamento.

El anciano y sus cinco hijos, desencadenaron después una activa resistencia contra las guarniciones seléucidas y sus partidarios judíos. La rebelión de los adictos a la Ley fue denominada “sublevación macabea” al generalizarse el término.

### **Las guerras de los Macabeos**

Matatías huyó, junto con sus hijos y partidarios, a una comarca solitaria de la vertiente oriental de la montaña de Judea, donde se congregaron. Desde allí, empleando en los momentos iniciales tácticas de guerrilla (ver fuente literaria 6), basándose en el conocimiento de los desfiladeros, cuevas y colinas que complicaban la orografía del territorio y de la complicidad popular, desencadenaron ataques e incursiones destruyendo los altares erigidos por los seléucidas, dando muerte a los judíos adictos al espíritu helenístico y a su culto, considerado extranjero y blasfemo, y circuncidaron a los niños que aún estaban incircuncisos. De esta forma, parece ser que en la primera época sólo libraron pequeños combates con las tropas seléucidas. Estas atacaban principalmente el día del sábado, sabedores de que en tal fecha los fieles a la Ley mosaica no oponían resistencia. Matatías hubo de permitir la lucha ese día, a fin de organizar debidamente la defensa. La táctica de guerrilla que se puso en práctica en estos momentos, se emplearía igualmente en las rebeliones contra Roma. En el 166 a.C. Matatías murió, siendo sucedido en el caudillaje de la lucha por su hijo Judas Macabeo, con quien la lucha se extendió notablemente interviniendo en ella grandes contingentes de tropas sirias. Judas obtuvo la primera victoria relevante en Bet.Horon, cerca de Modín, y más tarde al suroeste del poblado, en las proximidades de Emaús. Estas exitosas acciones bélicas alertaron a las autoridades seléucidas. Así, el gobernador Lisias atacó a los insurrectos en Bet-Sur, a unos 30 kilómetros al sur de Jerusalén, resultando la batalla una gran victoria para Judas y los suyos. La derrota llevó a Lisias a intentar entrar en negociaciones de paz con ellos, impulsado también porque la lucha en Oriente entre Antíoco IV y los partos impedía enviar grandes contingentes de tropas contra los rebeldes judíos. El armisticio se llevó a cabo y resultó favorable a los vencedores, si bien reconocían al gobierno central sirio. A la vez, una embajada romana se entrevistaba con el rey de Antioquia y mediaba a favor de los judíos.

Finalmente, Antíoco, absorto en sus luchas en el Lejano Oriente y necesitado de recursos económicos tuvo que ceder ante los Macabeos. Un Real Decreto que nos es reproducido en *Macabeos II* y cuyo contenido puede considerarse como fiable (ver fuente literaria 7), recoge la concesión de impunidad a todos los que estuvieran dispuestos a retornar a sus casas dentro de un plazo fijado. Consta, de manera explícita, como los judíos pueden seguir sus usos alimentarios y guardar sus leyes como antes. Esto supondría de hecho el final de las persecuciones y la capitulación del rey ante el intento de imponer en Jerusalén una nueva forma de religiosidad y la cultura helenística.

En el lapso de dos años, del 166 al 164 a.C. expulsaron prácticamente a todos los helénicos de la región que circunda a Jerusalén. El problema central del culto en Jerusalén y su uso sagrado exclusivo en honor a Yahvé aún no se había resuelto. Menelao seguía siendo sumo sacerdote y muchos otros acólitos helenizantes. Judas actuó por la fuerza y pronto, los reformadores y seléucidas de la ciudad fueron reducidos y el Templo limpiado de sus sacrilegios, reconsagrándolo al dios judío en una ceremonia solemne en diciembre del 164 a.C. Los judíos rememoran hasta los tiempos actuales este episodio en la celebración que denominan la *Hanukká* o Purificación.

Parece que numerosas poblaciones vecinas a Judea, a raíz de esa restauración del culto mosaico en Jerusalén y temerosas de la fuerza militar que los rebeldes habían puesto de manifiesto, comenzaron a atacar a los judíos que vivían en ellas. Judas y su hermano Simón aprovecharon entonces para afianzar las posiciones conquistadas y librar una serie de combates contra los edomitas y moabitas de Transjordania. También socorrieron a los habitantes oprimidos de Galaad y de Galilea. Las luchas se extendieron hasta la llanura costera, conquistándose Hebrón y Maresá, al oeste de la primera. Esto indica el limitado éxito que el culto monolátrico a Yahvé había alcanzado en todas estas regiones, mucho más helenizadas.

La muerte de Antíoco IV Epífanes, tuvo lugar pocos días después de la reconsagración del templo, durante una campaña contra los partos. Nos es descrita en *Macabeos I y II*, pero con diferentes matices. En el segundo libro, el autor narra una muerte verdaderamente espantosa, corroído su cuerpo y devorado por gusanos. Encontramos, de nuevo, un claro intento de perjudicar la imagen del monarca. En ambos testimonios encontramos un arrepentido Antíoco, consciente de que debe su fracaso y perdición a los crímenes y males infligidos al pueblo de Israel, abandonando su soberbia e incluso reconociendo al Dios único. Pese al elemental carácter literario de estas informaciones conviene recordar, como ya comenté antes, la manera en que la persona de Antíoco IV Epífanes ha sido tradicionalmente desprestigiada. Sin embargo, para algunos autores no habría sido sino un dirigente enérgico y eficaz, así como uno de los reyes seléucidas que más éxitos obtuvieron (ejemplo, su brillante campaña en Egipto), pero que chocó con una realidad desfavorable y con unas potencias exteriores, Roma y Partia, que mermaron sus posibilidades de éxito. Sus últimos años sirvieron para contener, de manera efectiva, el avance de este último pueblo.

Antíoco IV fue sucedido en el trono por su hijo, Antíoco V, luego llamado Eupátor. Como el nuevo monarca solo contaba con ocho años de edad, el general Filipo se hizo cargo, en su nombre, del gobierno. Esta situación provisional favoreció a Jerusalén y a Judas Macabeo, que ya venían desarrollando una práctica expansiva por el territorio sirio. Cercó de nuevo la acrópolis de Jerusalén y tuvo que intervenir el monarca sirio, Lisias, que custodiaba al joven heredero socorrió la plaza y derrotó a Judas en Bet-Zacarías, si bien este consiguió huir. Entonces Lisias sitió Jerusalén poniendo a los Macabeos en una situación delicada, pero en ese momento llegó la noticia de que Antíoco IV no le había nombrado a él, sino a Filipo, como regente. Lisias hubo de regresar apresuradamente a Antioquia y se avino una negociación, restituyendo el Templo de nuevo a los partidarios de la Ley, y permitiéndose la práctica religiosa tradicional.

Posteriormente, un documento oficial en forma de carta de Antíoco V a Lisias, recogido en *Macabeos II* (ver fuente literaria 8), cancela el decreto de Antíoco IV prohibiendo el culto judío y se muestra dispuesto a restituirles sus antiguos derechos. La ciudad recuperó su posición independiente aunque con ciertas limitaciones. No obstante, Lisias hizo destruir las fortificaciones, ejecutó a sesenta de los antiguos rebeldes judíos y al depuesto sumo sacerdote Menelao, declarándolo responsable de todos los males.

La situación posterior pasó por distintos momentos de crisis y negociaciones con los sucesivos poderes seléucidas. Los movimientos de revuelta siguieron estando dirigidos por distintos miembros de la familia sacerdotal de los Macabeos. Tras los asesinatos de Antíoco V y de Lisias en Antioquia, su sucesor, Demetrio I Soler (162-150 a.C.), nombró sumo sacerdote a Alcimo, de la estirpe sadoquea, que fue reconocido también por los defensores de la Ley. Así, la consigna de los Macabeos de luchar por la Ley perdió buena parte de su fuerza. Ellos insistían en que Alcimo estaba contaminado y no podía ser sumo sacerdote, pero su objeción rigorista no despertó el interés suscitado en los tiempos anteriores. *Macabeos I* ni siquiera la menciona señalando solo que “*Judas no hizo la paz porque Alcimo no era digno de confianza*”. No obstante, no se produjeron grandes cambios en Jerusalén, quedando una guarnición siria en la acrópolis de la ciudad y ofrendándose en el Templo sacrificios por el soberano seléucida. Ante esta

situación, Judas Macabeo no participó en el reparto de poder de los nuevos estados y se retiró de nuevo a la montaña de Judea acompañado de muchos otros descontentos. Alcimo, considerando insuficiente la fuerza militar del gobernador sirio Báquides, buscó el apoyo de Demetrio I para el caso de que la sublevación se reprodujera. El general Nicanor trató de derrotar a las guerrillas con levadas locales, pero antes de haber llegado a la propia Jerusalén, en algún punto entre Bet-Horon y Adasa, murió en combate. Tras este acontecimiento, Judas ocupó Jerusalén y declaró festivo el día de su victoria. Poco después, Báquides lanzó una importante campaña militar en la cuál el Macabeo fue muerto, tras buscar una alianza con Roma, a la que interesaba la posibilidad de intervenir en Siria, dentro de la política de desestabilización que estaban desarrollando. Sus hermanos, acaudillados ahora por Jonatán, el menor de la familia, fueron arrojados hasta Transjordania, perseguidos por los seléucidas, manteniendo en su poder únicamente los desiertos de Judea y Thekoa. Alcimo retuvo su cargo sacerdotal hasta su muerte en el 159 a.C. Jonatán y sus partidarios avanzaron desde sus reducidas posiciones conquistando un pequeño sector de Judea y aceptando, finalmente, el establecimiento de un nuevo tratado de paz con el gobierno seléucida en el 157 a.C., en merced del cual los rebeldes se establecerían en Michmás, al nordeste de Jerusalén, ejerciendo un poder paralelo al estatal y administrando justicia. En su territorio, Jonatán se dedicó, sobre todo, a actuar contra los simpatizantes de la cultura griega y sus tendencias helenísticas.

Cuándo estalló el conflicto entre Demetrio I y Alejandro Balas, que se presentaba como hijo legítimo de Antíoco IV, los dos bandos buscaron el apoyo de los Macabeos. Alejandro cerró un acuerdo con Jonatán otorgándole el derecho a poseer su propia fuerza armada, con ella, el Macabeo se dirigió a Jerusalén, tomándola y fortificando de nuevo el monte del Templo, tras haber reducido a la guarnición siria al *akra*. Hecho esto, se dispuso a conquistar el puerto de Jope, un importante centro económico que le podría servir para beneficiarse del comercio y la piratería. Así, en el 152 a.C. los seléucidas abandonaron todo intento de helenizar Judea por la fuerza y reconocieron a Jonatán como sumo sacerdote, a la vez que éste acataba su soberanía nombrando a Alejandro Balas amigo y regalándole una clámide púrpura y una corona de oro. Demetrio I murió en la guerra por el trono y Alejandro recompensó a Jonatán nombrándole *strategos*, *etnarca* y *meridarjes* (semirrey) de Celesiria tras haberlo invitado a su boda con Cleopatra, hija de Ptolomeo VI Filométor. Embestido como gobernador de la provincia, quedaba obligado a prestar ayuda militar a los sirios, combatiendo con éxito a Demetrio II, quién ahora reclamaba el Imperio Seléucida. No obstante, en el 142 a.C., Alejandro se vio forzado a huir a Arabia a partir de la intervención de Ptolomeo Filométor quien había enviado un ejército de apoyo a Demetrio II, quién se hizo con el poder el mismo año de la campaña y de la muerte del soberano ptolemaico. Aprovechándose de la inestabilidad del momento, Jonatán asedió de nuevo la acrópolis, si bien acabó llegando a un acuerdo con el nuevo soberano, por el cual se procedía a la ampliación territorial de Judea hacia el norte, incluyendo tres distritos de la provincia de Samaria y eximiéndose al país del pago de impuestos al monarca. Se produjo a partir de esa fecha una notable expansión de los territorios de Israel sobre el fragmentado Imperio Seléucida cuya inestable situación interna propiciaba el desarrollo de rebeliones, viéndose forzado a negociar y reconsiderar su posición con sus adversarios. Sólo de esta forma se explica la emergencia del estado de Macabeo.

Jonatán cooperó con Demetrio II en la revuelta contra el rey de Antioquia pese a que los efectivos sirios dominaban la acrópolis y Bet-Sur. Cuando Diodoro Trifón, emprendió la lucha en nombre del hijo de Alejandro Balas menor de edad, Antíoco VI, Jonatán y su hermano se ofrecieron a luchar en la Siria meridional y media por el futuro soberano. Sin embargo, parece que los movimientos diplomáticos con los espartanos y los romanos y los éxitos militares alertaron a Trifón. Así, prendió a Jonatán en Ptolemaida en una celada. Cuando tuvo que retroceder hacia Galaad ante los ataques de Simón en Judea, lo hizo ejecutar en Baskama. Su cuerpo fue luego trasladado a Modín por su hermano, donde se le dio honrosa sepultura. Frente a la postura, más rígida, de Judas, Jonatán supo tratar mejor a sus adversarios a nivel diplomático, sacando provecho y ganándose simpatías a base de aliarse con las partes en conflicto. Sin embargo, acabó como víctima de los intereses de otros en el peligroso embrollo de los soberanos seléucidas, al fin y al cabo, superiores. También Josefo relata cómo la subida de Jonatán al sumo sacerdocio y sus alianzas con los gentiles, había dado lugar a críticas en Judea. Observamos como, además, los Macabeos redirigen sus pasos, yendo más allá de los intereses religiosos y pasando del celo por la Ley a la política de poder.

### **La dinastía de los asmoneos**

El ascenso de Simón, hermano de Jonatán, supone el comienzo de una nueva fase en la historia del judaísmo en Palestina. Recuperó el control de Jerusalén y obtuvo para Judea una independencia casi total, expulsando por hambre a los seléucidas y a los últimos judíos reformistas de la ciudadela que ya se había constituido en símbolo de la inexpugnable presencia enemiga en el mismo corazón del pueblo judío. Pero el hecho más destacable, es la fundación de una nueva dinastía que se mantendrá hasta el siglo I a.C. Los motivos y los impulsos religiosos quedaron al trasfondo del comportamiento político de los asmoneos y las consideraciones políticas y estratégicas obtuvieron un claro predominio.

No obstante, la prolongada lucha dejó una profunda marca en el carácter judaico. Con su fracaso, los reformadores desacreditaron la idea misma de la reforma, e incluso todo aquello que supusiera una discusión del carácter y la orientación de la religión judía. Todos los textos posteriores refieren este tipo de expresión como una forma de apostasía total y de colaboración con los opresores extranjeros. Así pues, la intensidad del ataque a la Ley provocó un celo análogo en su favor. En adelante, toda manipulación externa del Templo y sus santuarios, levantará de forma instantánea, a una turba feroz de extremistas religiosos engrosada por los excitados sectores bajos de la sociedad. La presencia de estos integristas radicales se convertirá en parte importante de la escena política en Jerusalén, dificultando el gobierno de la ciudad y del resto de Judea. Esto se observa tanto para los helenizantes, como para los romanos e incluso los propios judíos. Además, junto a las antiguas escuelas de escribas, en contraposición a academias y gimnasios griegos, proliferaron escuelas nacionales judías donde se instruía en la Torah, y que tendrían gran importancia en la difusión del fariseísmo y en su ascenso social, así como en la consolidación de la sinagoga y, a su tiempo, el ascenso de los rabinos. En estas escuelas se trataban de ajustar la Ley con la antigua tradición del Deuteronomio, por la cual se afirmaba que Yahvé había dado a Moisés, además de la Ley escrita, una Ley Oral, en virtud de la cual los ancianos cultos podían interpretar y complementar los mandamientos sagrados. La práctica de esta Ley Oral permitió, en cierto grado, que el código mosaico se adaptase al cambio de las condiciones y fuese aplicado con mayor realismo. Por último, los saduceos, para quienes la Ley debía de ser escrita e invariable, y la clase de los escribas en general, se aliaron con la nueva dinastía asmonea, al identificar su ascenso con la vuelta al rígido sistema de administración del Templo. Tenían su propio texto adicional, el denominado Libro de los Decretos, cuyas normas escritas eran sagradas, no admitiendo que la Ley Oral pudiera someter a la escrita en un proceso de desarrollo creador. Así, el sumo sacerdote hereditario desempeñará las funciones de un gobernante secular, y un comité de ancianos, el Sanedrín, se ocupará de las obligaciones religiosas y legales. Por su parte, la historiografía pagana mira hacia el fracaso de esta política religiosa como una oportunidad perdida para haber impuesto a un pueblo, cuyas prácticas eran tan distintas a las del mundo helenístico y, con frecuencia, considerado como rebelde y obcecado, ideas y costumbres “civilizadoras” al modo de ver grecorromano (ver fuente literaria 9).

La evolución general de la política en la segunda mitad del siglo II a.C. explica el desarrollo de los acontecimientos en Siria-Palestina. De esta forma, sólo la debilidad y la progresiva decadencia de los poderes ptolemaicos y seléucidas permitieron el alcance de los objetivos religiosos y la independencia política, así como el encumbramiento, inicialmente de los Macabeos y, posteriormente, de los asmoneos. Las circunstancias favorables permitieron un cierto equilibrio de poder que fue explotado por los judíos ortodoxos para obtener ese nuevo y sorprendente estatuto de independencia política. Así, los dos imperios helenísticos se veían, cada vez con mayor frecuencia, envueltos en luchas intestinas, en tanto la creciente expansión de Roma hacia Oriente suponía una eficaz amenaza. Además, en el propio estado romano ya había comenzado el periodo de guerras civiles en el año 133 a.C. con los Gracos y que no remitirían hasta la instauración del imperio por Augusto en el año 31. Las dimensiones de las guerras contra Numidia, los cimbrios, Mitrídates y sus propios aliados itálicos le obligaban a realizar un importante esfuerzo militar. En esta situación, los países de oriente pudieron verse libres de la intervención inmediata romana, pero sus fuerzas se fueron consumiendo en sus propias dinámicas internas, incapacitándoles para resistir ataques del exterior. Así, en plena lucha por el poder en los territorios del corredor sirio-palestino, la intervención decisiva de Pompeyo supondría irrevocablemente el final de la independencia seléucida y la asmonea.

Volviendo a los acontecimientos, Diodoro Trifón acabó asesinando a Antíoco VI y usurpando su derecho a la soberanía en el 141. Demetrio II se mantuvo en el poder, pero amenazado al norte de su dominio en

Mesopotamia por el avance parto, decidió asegurar su situación en el sur. Así, Simón consiguió la independencia y la exención de impuestos para Judea. En Jerusalén, Simón fue reconocido como sumo sacerdote, general y jefe de los judíos, datando los años de su reinado (Ver fuente literaria 10). En su segundo año, conquistó la acrópolis y pudo festejar allí la entrada de judíos fieles a la Ley. Se construyó un palacio para sí y una fortaleza en Jerusalén. Para destacar la supremacía del Templo, Simón no sólo destruyó las murallas del *akra* sino que de acuerdo con Josefo, decidió “*arrasar la colina misma donde se había levantado la ciudadela, con el fin de que el Templo alcanzara mayor altura*”. En el 140 a.C. fue oficialmente etnarca de Judea, confirniéndole los sacerdotes y jefes del pueblo la dignidad de príncipe sacerdote, con los derechos de sucesión hereditaria, y afianzándose así, la línea dinástica asmonea. Simón amplió los territorios de Judea con la toma, de nuevo de la ciudad portuaria de Jafa y recuperando así el acceso directo al mar, así como anexionándose, hacia el norte, la región samaritana de Siquen, Bet-Sur y Gazara. También comenzó a acuñar moneda de bronce con la leyenda en hebreo “*En el cuarto año de la liberación de Sión*” (Ver fuente numismática).

Antíoco VII Sidetes ascendió al trono tras la captura de su hermano Demetrio II por los partos en el 139 a.C. Pese haber recurrido a la ayuda judía en su victoria sobre Trifón en Dora, posteriormente exigió la devolución del territorio de Judea, especialmente Jafa y la acrópolis de Jerusalén. El ataque del general sirio Cendebeo (Kendebaios) fue rechazado por Judas y Juan, los hijos de Simón, asegurándose la independencia del territorio.

Durante un viaje de inspección, Simón, acompañado de sus hijos Matatías y Judas, hizo un alto en la pequeña fortaleza de Dok, que su yerno, Ptolomeo gobernador de la región de Jericó, había edificado para sí. Allí, fueron atacados y muertos. El móvil del crimen fue, probablemente, hacerse con el poder del país, como lo demuestra el hecho de que tras el triple asesinato, Ptolomeo intentara eliminar a Juan, que residía en Gazar. Esto pone de manifiesto la inseguridad interna reinante y los elementos de resistencia interna en el nuevo estado.

Juan se evadió a tiempo y llegó a Jerusalén donde fue embestido como sucesor de su padre. Tras adoptar el nombre de Juan Hircano I asedió Dok y forzó a Ptolomeo a huir a Transjordania. Éste logró persuadir a Antíoco VII Sidetes para que interviniera en los asuntos internos de Judea. De esta manera, el país fue conquistado y Juan Hircano sitiado en Jerusalén. Finalmente, Antíoco retiró el asedio confirmando la autonomía de Judea, pero desmantelando las fortificaciones de la ciudad y exigiendo tributos por las comarcas del oeste y el noroeste, así como por Jafa. Se entregaron armas y ofrecieron rehenes, entre ellos el propio hermano de Hircano. La muerte en el año 129 a.C. de Antíoco VII, en su lucha contra los partos, favoreció a Hircano. Demetrio II liberado en los momentos anteriores para que luchara contra su hermano, ocupó de nuevo el trono seléucida. Judea volvía a comportarse como un estado independiente e Hircano reconstruyó las fortalezas al norte de Jerusalén, entre las que podemos destacar la de Baris, precursora de la Torre Antonia. Hircano buscó, en su política exterior la amistad con Roma mediante la renovación de las antiguas declaraciones del senado, así como la recuperación de Jafa. Es difícil conocer los resultados de las sucesivas embajadas a Roma. Así, parece ser que en el decreto Fannius (ver fuente literaria 11) se reconocía la independencia de Judea, pero no la restitución de Jafa, hecho que sólo debió de producirse a finales de su gobierno, como pone de manifiesto Josefo cuando cita el denominado decreto de los pergamenos.

Hircano desarrolló una importante fuerza militar para defender militarmente Judea de sus vecinos y lanzar campañas contra estos. En este sentido, se valió para ello de mercenarios, algo novedoso y que le permitía una mayor autonomía y movilidad respecto a las poblaciones de Judea. Hacia el sur, conquistó las ciudades de Adora y Maresá, en el área meridional al sur de Hebrón. En esta comarca, llamada en adelante Idumea, impuso bajo pena de muerte la circuncisión y la observancia de la Ley. Al norte, Hircano atacó también santuario del monte Garizim, por considerarlo herético. Después de un año de asedio, la ciudad de Samaria, que había pedido auxilio, sin éxito, a los seléucidas, fue tomada por asalto y arrasada (ver fuente literaria 12). Del mismo modo tomó y saqueó la ciudad griega de Escitópolis.

Parece que Juan Hircano estaba imbuido del concepto fundamentalista de que la voluntad de Yahvé era restablecer el reino de David. Buscó inspiración militar y guía geopolítica en los antiguos textos históricos de las Escrituras, investigando para ello los libros de Josué y Samuel. Así, aceptó como verdad literal que toda Palestina era herencia divina de la nación judía y que su derecho y deber era conquistarla. Hircano

interpretaba, tomando el modelo de Josué, que su misión debía ser extirpar los cultos extranjeros y las sectas heterodoxas, masacrando, si era necesario, a quienes las apoyaban. De esta manera, sus guerras se caracterizaron por las matanzas a las poblaciones urbanas grecoparlantes. Las monedas acuñadas por Hircano son expresión de sus ambiciones, en ellas se lee “*sumo sacerdote Juan y la comunidad de los Judíos*” (ver fuente numismática).

Josefo señala las desavenencias que surgieron entre Hircano y los fariseos. En estos momentos, los ideas saduceas se hallaban, prácticamente, confinadas a los círculos sacerdotales y aristocráticos. Por su parte, los fariseos (*perushim* “los que se han separado”), con su apertura social, representaban un grupo fuertemente ligada a la clase popular. Como señala Josefo, “*los saduceos reclutan a sus partidarios sólo entre los ricos, y el pueblo no los apoya; en cambio, los fariseos tienen aliados populares.*” Más que una fuerza política, ya que carecían de todo recurso de poder, fueron un movimiento dentro del judaísmo que desde Palestina se irradió a la diáspora. El estilo político, así como los intereses de poder de los asmoneos provocaron oposición en Judea. Los fariseos aparecen por vez primera no como un grupo que discute la autoridad del monarca, pero sí su dignidad como sumo sacerdote. Esto constituirá la base del conflicto entre los asmoneos y los fariseos, influyendo también en los sucesores de Hircano.

Juan Hircano I murió el año 104 a.C., habiendo designado a su esposa como responsable de gobierno. No obstante, su hijo mayor Aristóbulo le arrebató el poder por un año, enviando a su madre a morir de hambre en prisión y arrestando a tres de sus hermanos, si bien el cuarto, Antígono, también cayó víctima poco después de sus acechanzas, bien porque desconfiara de sus éxitos militares o dando crédito a rumores malintencionados. Conquistó parte de Iturea y obligó a sus habitantes a adoptar el judaísmo. Parece que fue el primer asmoneo en tomar el título de rey.

A la muerte repentina de Aristóbulo, su viuda Salomé Alejandra liberó a los hermanos arrestados, nombró rey a uno de ellos y se casó con él. Alejandro Janneo agregó su nombre hebreo Jonatan al griego Alejandro en la forma abreviada “*Jannai*”. Acuñó monedas diferentes a las de su padre en las que en las leyendas, en griego y hebreo, declaraba “*del rey Alejandro*”. El nuevo monarca asmoneo llevaría aún más lejos la política de expansión y conversión forzosa. Desarrolló una de las políticas militares más activas de la época, corriendo gravísimos riesgos. Sus mercenarios ascendieron a 6.000, entre los que se encontraban pisidianos y cilicianos, probablemente por su experiencia en la piratería. Sus mercenarios le salvaron de una primera insurrección y tras ella volvió a acuñar monedas con una leyenda hebrea como la que había en las de su padre.

Atacó primero el área costera del norte y puso sitio a Ptolemaida, mientras los seléucidas se enfrentaban, divididos esta vez en la lucha entre Antíoco Filométor y Antíoco Kyzizenos. La ciudad pidió ayuda a Ptolomeo Látiro, expulsado de Egipto por Cleopatra III y que se hallaba en Chipre. Éste desembarcó en Siria con numerosas fuerzas de combate levantando el asedio y derrotando a las tropas de Alejandro en el territorio jordano medio, cerca de Asofón, donde se habían concentrado. Sin embargo, en Egipto esta ampliación de su poder levantaba suspicacias, por lo que Ptolomeo desalojó el país y regresó a Chipre. Con las manos libres, Alejandro invadió la zona media y septentrional de Transjordania, conquistando Gadara y Amathus. Posteriormente, se dirigió a la parte meridional de la llanura costera y tomó Raphia y Gaza entre otras poblaciones. La velocidad de sus campañas hacía que algunos de sus éxitos no resultasen duraderos como en el caso de Amathus. Su avance hacia la comarca de Gaulanítide se vio complicado ante el avance del rey nabateo Obodat (Obedas) hacia Damasco. Alejandro, ante el riesgo de verse bloqueado, huyó a Jerusalén, donde tuvo que enfrentarse con el descontento de su propio pueblo. Una nueva rebelión dio origen a una guerra de seis años en la que Josefo dice que murieron 50.000 judíos. Parece que su política despótica, sus actuaciones militares y su indeferencia religiosa habían molestado a la población. Intentó frenar esto persiguiendo y asesinando a sus principales opositores. Finalmente, exacerbados ante la situación, los jerosolimitanos pidieron ayuda a Demetrio III Eukairos (Eukaeros) que derrotó a Alejandro en Siquem. Sorprendentemente, éste último no solo consiguió huir sino que supo encontrar nuevos partidarios, regresar a Jerusalén y vengarse cruelmente de sus adversarios judíos (fuente literaria 13). Uno de los rollos de Qumrán se refiere al trágico episodio como “*el león de la cólera que cuelga vivos a los hombres*”.

Por otra parte, los nabateos se habían constituido en un peligroso enemigo, Aretas, su rey, derrotó a Alejandro en las proximidades de Adida, en la comarca de Lidia. La firma de un acuerdo pacífico con

Aretas propició la retirada de los nabateos de esta zona, posteriormente Alejandro avanzó hacia Transjordania, tomando ciudades importantes como Gerasa y penetrando en el corazón del reino nabateo y apoderándose de Petra, la *“ciudad rojo-rosada casi tan vieja como el tiempo.”* Las fortalezas de Alexandreion y Maqueronte, y, probablemente, la de Masada fueron construidas por Alejandro Janneo, quién las utilizó como bastiones contra los nabateos. Posteriormente Herodes el Grande las convirtió en castillos fortificados, dónde, en ocasiones, él mismo solía retirarse.

La rápida y amplia expansión de la nación judía, en cuanto territorio y población, llevó a la asimilación de un gran número de personas que, aunque nominalmente eran judíos, también estaban medio helenizados o, incluso eran paganos o procedentes de zonas con escaso desarrollo civilizador. Los asmoneos, al convertirse en gobernantes, reyes y conquistadores, sufrieron las corrupciones propias del poder. Juan Hircano conservó en la tradición judía posterior una buena reputación y Josefo dice de él que Yahvé lo consideró *“digno de los tres privilegios más elevados: el gobierno de la nación, la dignidad del sumo sacerdocio y el don de la profecía.”* Frente a él, Alejandro fue visto como un monstruo y un déspota, contándose entre sus víctimas judíos piadosos que otrora fueron la fuente de la fuerza de su familia. Además, como a otros gobernantes orientales les había sucedido, sufrió la influencia de las formas griegas, llegando a despreciar algunos de los aspectos más exóticos, bárbaros a ojos de los griegos del culto a Yahvé, como cuando se negó en la en la festividad de los Tabernáculos en Jerusalén, a realizar la ceremonia de la libación y los fieles le arrojaron limones. Josefo refiere que *“ante esto, montó en cólera y mató alrededor de seis mil de ellos.”* Así, a semejanza de sus predecesores Jasón y Menelao, Alejandro se vio obligado a enfrentarse a rebeliones internas de rigoristas.

El año 76 a.C., durante el sitio del fuerte de Ragaba, al norte de Jacob, Alejandro Janneo falleció a la edad de 49 años. Josefo refiere que murió *“enfermo por el exceso de bebida”* y que, conciente de que se le aproximaba la muerte, aconsejó a su esposa la concesión de privilegios a los fariseos por su gran influencia popular. El mismo autor añade que el dirigente había sido tan odiado que no podía ni contar con una sepultura digna. Salomé Alejandra, su viuda, que había mantenido una gran influencia sobre Alejandro, mantuvo buenas relaciones con los fariseos los 9 años de su reinado, en los que trató de asegurar su autoridad y dio un tiempo de paz al país, si bien mantuvo operativo al ejército e incluso lo duplicó. Su hijo mayor Hircano II se hizo cargo del sumo sacerdocio (ella no podía acceder legalmente a él), en tanto Aristóbulo, el menor, intentaba sacar partido del descontento de los saduceos, quienes se consideraban marginados frente a los fariseos. Salomé Alejandra les había permitido ejecutar a muchos consejeros de su primer marido (en su mayoría saduceos), incorporó fariseos al Sanedrín y decreto que la Ley Oral fuese aceptada en el ámbito de la justicia real. La reina evitó que la oposición entre sus dos hijos degenerase en una guerra abierta pero a su muerte a los 73 años el conflicto fue inevitable. Paralelamente, la situación exterior se complicaba, con los nabateos presionando desde el sur y los romanos desde el oeste y el norte.

Hircano II asumió la dignidad real, pero su hermano Aristóbulo, con el apoyo de los saduceos, asedió Jerusalén y le forzó a huir. Entonces Hircano II buscó refugio y ayuda entre los nabateos por mediación del gobernador Antipas (Antípatros). A cambio del territorio moabita, Aretas II le proporcionó fuerzas (50.000 hombres) y sitió a Aristóbulo en Jerusalén. Este Antípater era de origen idumeo, miembro de una familia que había sido convertida coaccionada por la fuerza de los asmoneos. Por su parte, la mayor parte de la población apoyaba a Hircano frente a los saduceos. En esta situación, los dos hermanos buscaron apoyo en el legado romano Scauro en Damasco. Éste apoyó a Aristóbulo y los nabateos hubieron de retirarse. El rey de Judea ya no era el único dueño de la situación, había aceptado la, siempre interesada, ayuda de Roma.

### **El inicio de la dominación romana**

Roma había sido aliada de los judíos cuando estos luchaban contra los antiguos reinos helenísticos y ella toleraba y fomentaba la existencia, incluso la independencia relativa, de los estados pequeños y débiles que suponían conflictos para esos estados y les forzaban a redirigir fuerzas hacia ellos en lugar de otras zonas más estratégicas. Pero un reino judío irredento que adoptaba una actitud expansiva y convertía a su fe por la fuerza a los sometidos no era aceptable para el Senado romano. Aprovechando la división interna, del mismo modo en que lo hiciera en el caso de los seléucidas, Roma concentró esfuerzos en el territorio de Judea.

La primavera del 63 a.C., Pompeyo llegó a Damasco, donde aparecieron personalmente Aristóbulo e Hircano pidiendo el favor de Roma. Antípater envió un legado a favor de Hircano, mientras una delegación de Jerusalén que constaba de 200 notables solicitaba el fin de la soberanía asmonea y un fortalecimiento del sacerdocio. Pompeyo estimaba que los nabateos constituían la mayor amenaza, pero Aristóbulo organizó una resistencia armada en Jerusalén. Tras esto, Pompeyo se desvió de su ruta hacia Transjordania y se dirigió a la ciudad. En Alexandreion se hizo fuerte Aristóbulo, pero los ataques romanos le hicieron retirarse. Tras pasar Jericó, el monarca asmoneo se presentó en el campamento romano y prometió la entrega sin lucha de Jerusalén. Sin embargo, Gabinio, el enviado de Pompeyo no fue admitido en la ciudad. Aristóbulo pasó de estar arrestado a ser tratado como prisionero de Roma. Ante la amenaza del ejército romano, los jerosolimitanos abrieron las puertas, si bien la zona fortificada del Templo resistió haciendo necesario un sitio de tres meses. Pompeyo entró entonces en el Templo, lo que fue visto como un sacrilegio a los ojos de los judíos piadosos, pero no hubo saqueos ni destrucciones. Hircano pudo volver a ejercer el sumo sacerdocio, no suponiendo la conquista romana el final inmediato de la familia asmonea, y los cultos se renovaron a partir del día siguiente. De esta manera, en el 63 a.C., Jerusalén pasó a ser dominio romano y, como tal, tributaria (ver fuente literaria 14). Aristóbulo fue deportado a Roma donde participó como prisionero en el desfile triunfal de Pompeyo del año 61 a.C.

En el cambio de manos del poder en Judea tuvo mucho que ver la figura de Antípater, medio judío y medio helenizante, quien concebía natural el llegar a un acuerdo con la nueva superpotencia que era Roma, y en la que se combinaban la tecnología militar y la cultura griega. A su juicio, el acuerdo con Roma permitiría, además, el florecimiento de familias como la suya y de otros notables bajo la protección romana, preferible a la guerra civil. Su hijo, Herodes, acabaría accediendo a la dignidad real con el apoyo del estado romano.

Roma efectuó una reorganización de los territorios sometidos, creando distintos distritos administrativos pero teniendo en cuenta las circunstancias históricas. Jerusalén siguió incluyendo Judea, los distritos de Samaria meridional y el sur de Idumea, anexionados por Judás e Hircano respectivamente. Además, Judea comprendía parte de Transjordania meridional y media, así como territorios centrales de Galilea, donde regía el sistema religioso y legal de Jerusalén. Los centros urbanos de la llanura costera y las ciudades helenísticas al norte de Transjordania se agruparon bajo el nombre de la Decápolis. Por último, el área sirio-palestina, incluida Samaria, que había constituido la parte sustancial del antiguo Imperio Seléucida, se convirtió en la provincia de Siria, sometida a un gobernador, el primero de los cuales fue M. Emilio Scauro.

Los acontecimientos continúan en torno a las luchas de Aristóbulo y de sus hijos por conseguir cierta influencia en la vida judía, las querellas del sumo sacerdote Hircano con las autoridades romanas y la aparición de Herodes y de sus descendientes, marcando un nuevo periodo en la historia de Israel.

El pueblo judío dividido en distritos administrativos y a merced de los intereses particulares de los *publicani* salió perjudicado. La dominación romana fue percibida como una carga. La voluntad de resistencia de buena parte de los sectores de la población no se explica solo desde la prepotencia político-militar de Roma sino, en último grado, por el contraste profundo entre el sistema romano y la concepción estatal y religiosa de Israel.

### **Los Macabeos/Asmoneos y el Helenismo**

Como a lo largo del tema desarrollado se ha puesto de manifiesto, la oposición declarada al helenismo encarnada en la rebelión de los Macabeos, uno de los movimientos de resistencia más claros en este periodo histórico, no impidió, sin embargo, que en el desarrollo de los acontecimientos se adoptaran formas y costumbres propias de la cultura combatida en el mismo núcleo organizativo de la revuelta. Así, pese a que objetivos centrales como la prohibición de ofrecer culto a otros dioses, las observancias los tabúes alimenticios, del *sabat*, de la circuncisión, etc. se cumplieron, al menos, de manera aparente, encontramos cómo los Macabeos van adoptando actitudes y elementos propios de la cultura griega. Así, podemos citar ya durante el liderazgo de Judas Macabeo la utilización de máquinas de guerra helenísticas, formas de adivinación, el Templo es decorado al estilo helenístico, se celebró su la purificación con una procesión en la que se portaban tirsos y palmas y, a la manera griega, llevó también a cabo la celebración anual. Se advierte, igualmente, una importante proliferación de textos en griego de los cuáles la difusión de la Biblia

de los Setenta es la más destacable demostración. El envío de embajadas al exterior (Esparta, pero, sobre todo, Roma), la recurrencia a fuerzas militares del exterior o mercenarias y la acuñación de una moneda nacional propia son una clara muestra de cómo el judaísmo, incluso en su teórica vertiente más ortodoxa, iba empapándose de los rasgos propios de una monarquía helenística. El viraje hacia este modelo de estado es especialmente perceptible durante el gobierno de Juan Hircano. La propia onomástica de los dirigentes es ilustradora de los cambios. No obstante, la tenaz resistencia mostrada en estos momentos, así como la que se pondrá de manifiesto durante la dominación romana posterior, es indicadora de las incompatibilidades entre las dos concepciones culturales, en muchos casos, irreconciliables.

### Fuentes Arqueológicas



Este vaso de fábrica romana, destinado a actividades culturales, fue hallado en una necrópolis judía del siglo I a.C. En él, se aprecia la destrucción intencionada del rostro del dios Serapis, aquí representado. Seguramente su propietario decidió eliminarlo para así poder utilizar este recipiente respetando la tradición judía que prohíbe el culto a las imágenes. Piezas como esta ponen de manifiesto las relaciones entre las distintas culturas.

### Fuentes Numismáticas



Acuñación en bronce hebrea (moneda o, más posiblemente, empleada como medalla por el orificio que presenta). Aparte de la leyenda en hebreo “*En el cuarto año de la liberación de Sión*”, podemos destacar el busto del anverso. Se discute si la figura representada es el propio Alejandro Magno, o si se trata del rey David o, menos probablemente, el propio Simón Macabeo.

De cualquier modo, el tratamiento y la iconografía (los cuernos de Amón) de la medalla muestran la influencia helenística.

## Fuentes Literarias

### 1. Flavio Josefo, “Antigüedades”, XII (138)

*«El Rey Antíoco saluda a Ptolemaios, Considerando que los judíos mostraron su ya conocido celo por obsequiarnos espléndidamente a nuestra llegada a su ciudad y nos salieron al encuentro con el senado (yerousía) en pleno, suministraron abundantes víveres al ejército y a los elefantes colaboraron en la captura de la guarnición egipcia de la acrópolis, estimamos justo y equitativo por nuestra parte gratificar su ayuda reconstruyendo la ciudad destruida por las acciones bélicas y permitiendo a los habitantes dispersos el regreso y la residencia en ella.*

*Decidimos, movidos de piedad, concederles para el culto una aportación de animales para el sacrificio, vino, aceite e incienso: 20.000 dracmas de plata; en harina fina, artabes santas según el derecho vigente del país; en trigo, 1.460 medimnos; y, además, 375 medimnos de sal. Yo mismo dispongo que todo se ejecute con arreglo a mi mandato, y también que se lleven a término los trabajos en el templo, esto es, en los pórticos y en todo lo que necesite renovación. El material en madera debe suministrarse de Judea, de otros pueblos y del Líbano, sin que suban los impuestos con este fin. Lo mismo rige en cuanto a los materiales que sean necesarios para el embellecimiento del templo.*

*Todos los miembros integrantes del pueblo deben vivir con arreglo a las leyes de sus antepasados. El senado, los sacerdotes, los escribas y los cantores del templo deben quedar exentos de lo que habían de pagar en impuestos personales y del impuesto coronario y de la sal.*

*Pero, a fin de que la ciudad sea poblada con mayor celeridad, otorgo a los actuales habitantes y a todos aquellos que regresen hasta el mes de Hyperberetaios la exención de impuestos durante tres años. Y para el futuro los eximimos de un tercio del tributo a fin de ahorrarles sacrificios. Declaramos libres a todos los deportados de la ciudad y llevados como esclavos, lo mismo que a sus descendientes, y ordenamos que se les restituyan sus bienes.»*

### 2. I Macabeos (1, 11-15)

*«Salieron de Israel por aquellos días hijos inicuos que persuadieron al pueblo diciéndole: “Ea, hagamos alianza con las naciones vecinas, pues desde que nos separamos de ellas nos han sobrevenido tantos males”; y a muchos les parecieron bien semejantes discursos. Algunos del pueblo se ofrecieron a ir al rey, el cual les dio facultad para seguir las instituciones de los gentiles. En virtud de eso, levantaron en Jerusalén un gimnasio, conforme a los usos paganos; se restituyeron los prepucios, abandonaron la alianza santa, haciendo causa común con los gentiles y se vendieron al mal.»*

### 3. I Macabeos (1, 20-23)

*«El año 143; después de haber vencido a Egipto, Antíoco vino contra Israel y subió a Jerusalén con un poderoso ejército. Entró altivo en el santuario, arrebató el altar de oro, el candelabro de las luces con todos sus utensilios, la mesa de la proposición, las tazas de las libaciones, las copas, los incensarios, las cortinas, las coronas, y arrancó todo el decorado de oro que cubría el templo. Se apoderó asimismo de la plata, del oro y de los vasos preciosos, y se llevó los tesoros ocultos que pudo hallar, y con todo se volvió a su tierra.»*

### 4. I Macabeos (1, 29-36)

*«Pasados dos años envió el rey al jefe de los tributos a las ciudades de Judea y a Jerusalén con numerosas tropas, y con falsía les habló palabras de paz, en las que ellos creyeron. Pero de repente se arrojó sobre la ciudad, causando en ella gran estrago y haciendo perecer a muchos del*

*pueblo de Israel. Saqueó la ciudad y la incendió, y destruyó sus casas y los muros que la cercaban. Llevaron cautivos a las mujeres y a los niños y se apoderaron de los ganados. Edificaron en torno a la ciudad de David un muro alto y fuerte y torres también fuertes, convirtiéndola en ciudadela. La guarnecieron de gentes impías, hombres malvados que en ella se hicieron fuertes. La aprovisionaron de armas y vituallas, y juntando los despojos de Jerusalén, los depositaron en ella, viniendo a ser la ciudad un gran lazo.»*

**5. I Macabeos (1, 41-50)**

*«El rey Antíoco publicó un decreto en todo su reino de que todos formasen un solo pueblo, dejando cada uno sus peculiares leyes. Todas las naciones se avinieron a la disposición del rey. Muchos de Israel se acomodaron a este culto, sacrificando a los ídolos y profanando el sábado También a Jerusalén y a las ciudades de Judea hizo el rey llegar, por medio de mensajeros, el edicto que ordenaba seguir costumbres extrañas al país. Debían suprimir en el santuario holocaustos, sacrificios y libaciones; profanar sábados y fiestas, mancillar el santuario y lo santo, levantar altares, recintos sagrados y templos idolátricos; sacrificar puercos y animales impuros; dejar a sus hijos incircuncisos; volver abominables sus almas con toda clase de impurezas y profanaciones, de modo que olvidasen la Ley y cambiasen todas sus costumbres. El que no obrara conforme a la orden del rey, moriría.»*

**6. II Macabeos (8, 5-7)**

*«El Macabeo reunió sus tropas se puso al frente de ellas y pronto se hizo invencible frente a los gentiles, pues el Señor había cambiado su ira en misericordia. Caía de improviso sobre ciudades y aldeas, y les prendía fuego; ocupaba posiciones estratégicas y ponía en fuga a numerosos enemigos. Prefería la noche para estas correrías, y por todas partes se extendía la fama de su valor.»*

**7. II Macabeos (11, 27-31)**

*«El rey Antíoco al consejo de los ancianos y al pueblo judío, Salud. Si gozáis de buena salud, nos alegramos de ello; también nosotros estamos bien. Nos ha informado Menelao que deseáis volveros a vuestras casas; por tanto, todos los que para ello se pongan en camino antes del 30 del mes de cántico contarán con nuestra protección y seguridad. Los judíos podrán en adelante vivir según sus costumbres en cuanto a las comidas y gobernarse por sus propias leyes, como antes, y nadie será molestado por todo lo que hubiera hecho por ignorancia. He mandado a Menelao para que os confirme en estas seguridades y garantías. Conservaos bien. El año 148, el día 15 del mes de xántico.»*

**8. II Macabeos (11, 22-26)**

*«El rey, Antíoco a su hermano Lisias, salud. Trasladado nuestro padre a los dioses, y deseando que todos nuestros súbditos puedan preocuparse de sus negocios sin temor alguno, habiendo sabido que los judíos no quieren adoptar los usos helénicos, como deseaba nuestro padre, sino que prefieren conservar sus instituciones, pidiéndonos que les dejemos con sus leyes, y deseando por nuestra parte que esta nación viva en paz, hemos decretado que les sea restituido el templo y se les deje vivir según las leyes y costumbres de sus mayores. Harás bien si envías embajadores para estipular la paz, a fin de que, sabiendo nuestra voluntad real, estén contentos y puedan dedicarse con alegría a sus propios intereses.»*

9. Tácito, “Historias”, (5. 8. 4.)

«El rey Antíoco, esforzándose en quitarles la superstición y darles la forma de vida de los griegos, se vio impedido, por la guerra de los partos, de cambiar para mejor a un pueblo tan repulsivo.»

10. I Macabeos (13,31-42)

«Trifón se comportó pérfidamente con el joven rey Antíoco y lo mató. Se proclamó rey en su lugar, se ciñó la corona de Asia y llenó de males al país. Simón reconstruyó la fortaleza de Judea, la rodeó de altas torres, de murallas sólidas, de puertas con cerrojos y depositó víveres en ellas. “Simón envió a Demetrio algunos hombres escogidos para pedirle la inmunidad del país, pues toda la actividad de Trifón no era más que saqueos. El rey Demetrio le contestó conforme a sus propuestas en la siguiente carta: “El rey Demetrio a Simón, sumo sacerdote y amigo del rey, a los ancianos y a la nación judía, salud. “Hemos recibido la corona de oro y la palma que nos enviaste, y estamos dispuestos a firmar contigo una paz duradera y a comunicar a los funcionarios que te eximan de todo tributo. Todas nuestras concesiones a tu favor son definitivas, y las fortalezas que has edificado, tuyas son. Te perdonamos, además los fallos y errores cometidos hasta hoy, así como la corona que debes. No será exigido desde ahora cualquier otro tributo que grave sobre Jerusalén. Si algunos de vuestros hombres quieren alistarse en nuestras tropas, que se alistén. Y haya paz entre nosotros”.

El año 170 Israel fue libertado del yugo de los paganos, y el pueblo comenzó a escribir en los actos públicos y en los contratos: “Año primero de Simón, sumo sacerdote, estratega y jefe de los justos”.»

11. Flavio Josefo “Antigüedades”, XIII (259, 2)

«Y el Senado, tras recibir la carta enviada por Hircano, firmó con él un tratado de amistad en los siguientes términos: «Fannio, pretor, hijo de Marco, reunió al Senado ocho días antes de las Idus de febrero 107 en el Comitio, en presencia de Lucio Malio, hijo de Lucio, de la tribu Menenia, y de Cayo Sempronio, hijo de Cayo, de la tribu Falerna, para tratar de los asuntos presentados por los embajadores Simón, hijo de Dositeo, Apolonio, hijo de Alejandro, y Diodoro, hijo de Jasón, varones excelentes enviados por el pueblo judío, quienes se refirieron tanto al tratado de amistad y de asistencia militar existente entre ellos y los romanos como a asuntos oficiales concretos, defendiendo al respecto: primero, que les debían ser devueltos Jopa, los puertos, Gázara, Pegas y todas las demás ciudades y plazas suyas que durante la guerra había tomado Antíoco en contra del decreto del Senado; segundo, que a los soldados del rey no les debía estar permitido pasar por territorio romano ni de los pueblos súbditos de ellos; tercero, que las medidas decididas por Antíoco durante aquella guerra en contra del decreto de Senado romano fueran desautorizadas; cuarto, que los romanos, enviando embajadores no sólo hicieran que les fueran devueltas a los judíos las plazas traídas por Antíoco sino también que evaluaran los daños causados en su país durante I guerra, y, quinto, y último, que les entregaran un salvoconducto par los reyes y naciones libres con vistas a un regreso seguro a su patria Y los romanos decidieron, en consecuencia, lo siguiente: renovar el tratado de amistad y el acuerdo de asistencia mutua militar con aquellos varones excelentes y enviados por un pueblo excelente y amigo.»

12. Flavio Josefo “Antigüedades”, XIII (280, 3)

«Hircano, tras tomar esta ciudad después de tenerla cercada un año, la demolió completamente, y desvió arroyos para ahogarla, pues cavó zanjas para convertirla en un espejo de agua; incluso arrancó las marcas mismas de que allí había existido una ciudad.»

**13.** Flavio Josefo “Antigüedades”, XIII (279, 2)

*«Los llevó detenidos a Jerusalén (los judíos opositores), donde realizó una fechoría, la más cruel de todas. En efecto, mientras festejaba con sus concubinas, a la vista de toda la ciudad un banquete, ordenó que unos ochocientos de ellos fuesen crucificados, y cuando aún vivían, ordenó que ante la vista de los condenados degollaran a sus hijos y esposas.»*

**14.** Flavio Josefo “Antigüedades”, XIV (77, 5)

*«Los culpables de las desgracias que afectaron a los habitantes de Jerusalén resultaron ser Hircano y Aristóbulo por sus mutuas rencillas. En efecto, por culpa de ellos no sólo perdimos la libertad y quedamos a merced de de los romanos y fuimos obligados a devolver a los sirios el territorio que habíamos conquistado arrebatádoselo por las armas, sino que, además, en breve período de tiempo los romanos nos exigieron el pago de más de diez mil talentos. Y la dignidad de rey, anteriormente reservada a los miembros de la familia de los Sumos Sacerdotes, se convirtió a partir de entonces en prerrogativa del común de los hombres.»*

## BIBLIOGRAFÍA

### LIBROS

- Fast, Howard, *Los judíos, historia de un pueblo*. Vitoria, La Llave, 2000.
- Gómez Pantoja, Joaquín (coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Barcelona, Ariel Historia, 2003.
- Grimal, Pierre, *El helenismo y el auge de Roma. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua II*. Madrid, Siglo XXI, 1972.
- Herrmann, Siegfried, *Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento*. Salamanca, Biblioteca de estudios Bíblicos, 2003.
- Jonson, Paul, *La historia de los judíos*. Buenos Aires, Verlap, 1992.
- Josefo, Flavio, *Antigüedades Judías*. Edición de José Vara Donado, Madrid, Akal, 1997.
- Mann, Golo y Heuss, Alfred (dir.), *Grecia. El mundo helenístico 2*. Berlín, Espasa Calpe, 1962.
- Préaux, Claire, *El Mundo helenístico, Grecia y Oriente, desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146 a.C.)*. Barcelona, Labor, 1984.
- Robert, Edwyn, *House of Seleucus*. Londres, Edward Arnold LTD, 1966. Vol. II.
- ROBERT H. SARKISSIAN, (1999): *Enciclopedia Católica, Vol. I*. Robert Appleton Company, Nueva York.
- Roldán, Gervás, José Manuel (dir.), Hidalgo de la Vega, M<sup>a</sup> José y otros, *Historia de la Grecia Antigua*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.
- Shipley, Graham, *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.* Barcelona, Crítica, 2001.
- Simon, Marcel y Benoit André, *El judaísmo y el cristianismo antiguo, de Antíoco a Constantino*. Barcelona, Labor, 1972.
- Tarn, W. y Griffith, G. T., *La civilización helenística*. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- VV. AA., (1988): *La Santa Biblia, Edición Crítica*. Ediciones Paulinas, Madrid.

### ARTÍCULOS

- Guzmán, Antonio, “El ámbito físico de las conquistas de Alejandro Magno, algunas reflexiones” en *Polis*. 1989, nº1.
- Hammand, Philip, “Nabatean Settlement Patterns Inside Petra” en *The Ancient History Bulletin*. 1991, Vol. 5, nº3.
- Lozano, Arminda, “Los seléucidas y sus sistemas de control territorial” en *Gerión*. nº 14, 1996.
- Shaw, B. D., “Josephus, Roman Power and Responses to It” en *Atheneum*. 1995, fasc. II.

Nombre de archivo: LOS JUDÍOS Y EL HELENISMO.doc  
Directorio: C:\DOCUME~1\AGENDA\CONFIG~1\Temp  
Plantilla: C:\Documents and Settings\AGENDA\Datos de  
programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot  
Título: LOS JUDÍOS Y EL HELENISMO  
Asunto:  
Autor: Enrique H. P.  
Palabras clave:  
Comentarios:  
Fecha de creación: 29/11/2007 14:19  
Cambio número: 2  
Guardado el: 29/11/2007 14:19  
Guardado por: E  
Tiempo de edición: 2 minutos  
Impreso el: 30/11/2007 10:49  
Última impresión completa  
Número de páginas: 22  
Número de palabras: 12.864 (aprox.)  
Número de caracteres: 73.325 (aprox.)